

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

5. 2. EL DISPARADERO ESPAÑOL

José Bergamín
(1894-1983)

Cosa fuera de razón, salida de razón y contraria a ella, nos dicen los diccionarios académicos que es el disparate. Cosa fuera de la razón, que sale de razón, puede serlo. Pero ¿contraria a ella? También sale la bala de la escopeta y no es contraria a ella; al revés: por salir, por ponerse fuera, es la corroboración de la escopeta: su razón de ser y su sentido; su finalidad, su consecuencia. La bala puede dispararse contra todo: contra lo vivo como contra lo muerto, contra lo que sea, menos contra su escopeta que la dispara, pues ni aun saliendo el tiro por la culata, ni aun explotando al disparar, se dispara la escopeta contra sí misma sino contra quien la dispara; del mismo modo, como la bala, el disparate puede dispararse contra todo, lo vivo y lo muerto, el hombre o las cosas; lo único que no puede hacer es ir contra la razón de la que sale o que lo dispara, porque la razón es su disparadero precisamente: su disparador automático. Pues no es la escopeta la razón de ser de la bala sino la bala la de la escopeta. No se hizo, no se hace, la bala para la escopeta, sino la escopeta para la bala. No se hizo la razón para el disparate, es verdad: pero sí se hizo, y se hace, el disparate para la razón: para darle cauce y sentido, dirección y finalidad al pensamiento; a las explosiones más peligrosas, por más vivas, del pensamiento. La escopeta es el instrumento de la bala y la bala su objeto mismo. La razón es, como si dijéramos, el cañón de la escopeta del pensamiento. La bala, el disparate. Por eso, lo primero no es la escopeta: lo primero es la bala. Lo primero es el disparate.

Esta perogrullesca demostración nos lleva como de la mano a empezar por exigir razonablemente para el disparate aquellas consideraciones que le corresponden, que le son más debidas, puesto que nadie se las da: las de la primacía del pensamiento.

Si un Fausto español, más o menos fausto o infausto que el alemán, pretendiera, disparatadamente, como hacía el de Goethe, interpretar el inicio evangélico de San Juan: “en el principio era el Verbo”, buscándole sustituciones hasta dar con aquella desatinada de: “en el principio era la acción”; seguramente ese Fausto español que digo—si fuera posible un Fausto español— hubiera podido decir, con más tino dentro de tan desatinado propósito, que *en el principio era el disparate*. Lo cual digo que sería más atinado, porque, al menos, corroboraría con

tal definición adecuadamente su propósito. Al mismo tiempo que no llegaría con ella a contradecir la palabra evangélica sino, en todo caso, a subrayarla: a señalarla, tangencialmente, con esta su disparatada pero atinada afirmación. Pues ¿qué mayor y más puro disparate que encarnar el Verbo divino en lo humano; hacerse Dios hombre y padecer y morir como hombre, sin dejar de sernos divino? ¿Qué más sublime disparate que el del cristianismo? Disparate, sí: que no desatino, ni, mucho menos, tontería. El verdadero disparate es atinado siempre. Por razonable o por racional: o por razonablemente irracional. Pues — y esto ya es empezar a definirlo, a evidenciarlo— el disparate y el desatino no son, no pueden ser equivalentes. Y en cuanto al disparate y la tontería, son las dos cosas más opuestas, más contrarias del mundo.

Lo que pasa es que en nuestro lenguaje habitual solemos confundir, como tantos otros, estos términos. Mas es primordial deber el del escritor el precisarlos. No es otro mi propósito.

Generalmente, cuando alguien nos dice que piensa hacer un disparate, es que va a hacer alguna tontería. Todo el que empieza por proponerse hacer un disparate acaba por hacer una tontería. Yo estoy tan desesperado —suelen decir— que acabaré por hacer algún disparate. Y, efectivamente, el que tal dice, acaba por hacer lo que ha empezado por decir: una tontería. Porque decir que se piensa hacer un disparate es ya una tontería. El disparate no se dice, se hace: pues cuando el disparate se dice, cuando el disparate se puede decir, es que ya se ha hecho. Del decir al hacer, en el disparate, no hay trecho ninguno. El disparate es siempre *dicho y hecho*. Por eso es poético: creador. Porque el disparate procede siempre por invención, por hallazgo; y por invento detonante como el de la pólvora: por explosión. Por eso, la primera impresión que nos causa un disparate es la de que *nos choca*. El disparate es explosivo: choca con nosotros, y al chocarnos, detona. El disparante es chocante, detonante para el pensamiento. Por eso se hace sin pensar, o mejor digo, sin reflexionar: porque el disparate es pensamiento; es una forma inventiva, creadora, poética del pensamiento. Dicho y hecho, sin más. Explosivamente. Cada vez que se hace un disparate se inventa de nuevo la pólvora del pensamiento. Y cuando el pensamiento se dispara de este modo, explosivo, luminosamente como

el rayo, alcanza la máxima velocidad conocida: la de la luz. Y de ahí, el que se diga “rápido como el pensamiento”: como el pensamiento disparatado, que es el pensamiento relampagueante, luminoso. Eso otro, que también suele llamarse *una idea luminosa*, es siempre un disparate.

A la suprema razón divina dieron los griegos por símbolo intelectual de poder, el rayo; y así, la razón misma, la razón más pura, nació de la frente de Zeus rápida como el rayo, luminosamente entera y verdadera como el pensamiento: como una verdadera y luminosa idea, encarnación viva de su pensamiento divino. Pallas, o Minerva, es la razón hecha puro disparate, hecha idea divina. A no ser que fuera —que igual da— el disparate, el más puro disparate, hecho divinamente racional, hecho la humana razón misma. Porque el disparate siempre tiene razón. Lo esencial en el disparate es tener razón: para dispararla. El disparate está cargado de razón, si no no se dispararía. Y un disparate que no se dispare no es un disparate, es un dislate o un desatino o una tontería. Lo propio del puro disparate, digo, es estar cargado de razón. Y chocar, detonar, explotar por eso. Que por eso es *dispar* hasta de sí mismo; pues, lo que choca en él, es lo razonable de su ser con lo disparatado de su razón, de su razón de ser. Del ser, definitivamente, tan humano como tan divino. El disparate es, como si dijéramos, ese disparo de lo dispar que es lo más chocante del hombre: lo definitivo del hombre. En una palabra, el disparate es un estilo. Porque el estilo —como se ha dicho por Buffon— es el hombre mismo. Y el disparate es eso: el hombre mismo. Al menos, el hombre religioso. El hombre íntegro, total: el hombre entero y verdadero; el hombre único. Así, podríamos decir disparatadamente que el hombre cristiano, como el de los griegos —o como la idea religiosa del hombre griego— es también un puro disparate divino. El mayor disparate de Dios fué crear, hacer al hombre. Y hacerlo a imagen y semejanza suya. Por eso, el mayor disparate del hombre es creer en Dios. ¡Purísimo disparate de Dios el amar al hombre! Y purísimo, el más puro disparate del hombre, el amar a Dios; el amarle, y amarle *sobre todas las cosas* como él quiere; como el disparatadamente nos quiere. ¿Pues no fué disparate divino encarnar el Verbo en lo humano y aquella también idea divina, luminosa idea o concepción humana, de nacer “como el rayo de sol por el cristal”, disparatadamente, de las entrañas virginales de una niña, a su vez disparatadamente ideal, concebida sin mancha? Pues este sublime disparate, que no es desatino ni tontería, de nuestra fe (lo es de la mía) que es la razón de ser de nuestra vida cristiana, de nuestra disparatada vida —esto es, de nuestra caridad o amor disparatado y de

nuestra esperanza o disparatada desesperación— este sublime disparate de la vida y la muerte de un Dios hecho hombre, de nuestro Cristo, y de su pasión, disparatadamente humana y divina: todo este misterio disparatado de nuestra fe, ¿no arraiga el pensamiento mismo en su disparatado empeño humano de hacerse divino o ansia divina de ser humano? ¿No es este el disparate humano y divino —religioso y cristiano— más disparatado de todos, el disparate de los disparates? El disparate total y único: totalizador y unificador; el disparate verdadero, el disparate *como un templo*. Pues en este humano radicalismo disparatado de lo divino, o en este divino radicalismo disparatado de lo humano, que es el cristianismo, se encierra, a mi parecer, el secreto, el secreto a voces —el equívoco espiritual y verbal— de toda nuestra poesía española: la más humana por más cristiana; la más española, también, por eso. Es esta la razón de ser de todas las formas disparatadas de esta poesía, de todos estos disparatados lenguajes poéticos. Del lenguaje disparatado de nuestros mejores artistas; en pintura, en arquitectura, en escultura, en música. Del lenguaje disparatado de nuestros moralistas y ascetas; del de la picaresca; del lenguaje hecho vida de nuestros conquistadores y misioneros, del de nuestros santos. En suma, el disparadero o disparatarario verbal, espiritual, de todas nuestras cosas españolas. El *disparate en piedra* —que tal dijeron en el XVIII— de nuestro barroco más puro. El de la escultura policroma de los imagineros renacentistas. El disparate en prosa de nuestros predicadores barrocos; el de nuestros teólogos y místicos. El disparate en verso de los líricos. El enorme disparate del teatro, del más disparatado teatro del mundo: el lopista y calderoniano. La expresión disparatada de la vida, en fin, en todo el arte genuinamente español. En todas las formas de este arte tan verdaderamente extremado.

* * *

Seguramente nuestras artes plásticas me darían ocasión más fácil para llamar la atención sobre ese substratum íntimo de lo español que es el disparate; la pura invención disparatada, expresión extrema, como digo, definitiva, de la vida. El disparate en piedra del barroquismo a que he aludido. O, más claros ejemplos, la pintura de Goya o Picasso. El claro disparate de Goya y el clarividente de Picasso. Porque estos ejemplos evidencian su estilo claramente: nos entran, como suele decirse, por los ojos. Por los ojos, sensiblemente, y sin tenerlo siquiera que pensar. Como nos entran por los ojos esos otros estupendos disparates españoles, tan pura y claramente extremados, de las corridas de toros o del juego de pelota vasco. Disparaderos de la vida en tan extrema conse-

cuencia de su ímpetu, de su actividad, de su regulado movimiento, que en el uno, bordea los linderos fronterizos de la muerte, consistiendo su disparatada expresión en evitarla, en burlarla, entre sombra y sol, entre pasión y razón, entre instinto e inteligencia, burlando con ello al pensamiento al definirlo, por tan dramática disparidad y contradicción evidente, al filo mortal de tal peligro: tocando sus extremos. Y no es ilusorio disparate tampoco el que expresa, por extremado, las formas definitivas del instinto y la inteligencia de la vida en la pasión clarividente del pelotari que contiene su ímpetu en la medida justa de un empeño tan pueril y genial como es el de disparar su breve mundo, la pelota, con la mano o la pala o la cesta, para recogerlo y lanzarlo, casi eléctricamente, con tal precisión y tan exacto brío que pone al pensamiento, por rápido que quiera ir, en la casi imposibilidad de seguirle.

El disparadero del juego peligroso y justo, en la plaza callada, en el frontón vibrante, nos limpia los ojos y las mentes de turbias musarañas ilusorias, y nos hace volverlos, encendidos de claridad, a aquellos libros españoles en que, como digo, se verifica el secreto a voces del disparate que los motiva: del disparate como expresión extremada de una vida que es un estilo, porque es la expresión única y total del hombre mismo; del hombre íntegro, entero y verdadero: del hombre religioso, cristiano. Un estilo que es la unidad plena, espiritual, en la que, como pensaba Menéndez y Pelayo, radica la única posible definición viva y verdadera de lo español. Lo substancial y lo formal de España. O sea, un estilo que es el disparadero o disparatario espiritual —religioso, moral, estético—, de nuestro pensamiento.

BERGAMÍN, José. "El disparate en la literatura española", en *El disparadero español*, México, Editorial Séneca, 1940, pp. 11-21.

